

NOTAS SOBRE PUNTOS Y ASPECTOS CONTROVERTIDOS DE LA VIDA Y LA OBRA DE SOR JUANA INES DE LA CRUZ

Por EZEQUIEL A. CHAVEZ

LAS CUALIDADES ESENCIALES Y LAS ACCIDENTALES

En mi Ensayo de Psicología de Sor Juana Inés de la Cruz, mi principal esfuerzo en todo caso ha consistido en intentar discernir lo que no cambiaba en Sor Juana durante su vida corpórea, al través de lo que en ella cambiaba; en tener a su respecto, para servirme de las palabras de Edmundo Hússerl, la visión *eidética*, que permite hacerse cargo de la esencia de lo que se mira, como al través de una cara que hace quizás risibles e incesantes muecas, se percibe el dolor oculto de un alma; en sorprender lo que velaba en Sor Juana fugaces y fortuitas, aunque numerosas, apariencias cambiantes; en advertir, y registrar, y señalar lo que en ella era ultratemporal, y permanecía más allá de sus seculares y profanas temporalidades frágiles; lo que, comparado a las toscas realidades superficiales, parecía irreal; lo que era, por lo contrario, real, si se le contraponía a las fugaces realidades momentáneas.

Queriendo hacer claro cuál ha sido mi intento, antójaseme recordar que suele haber en las profundidades de las selvas vírgenes, en concavidades que rodean—temblorosos y verdinegros—centenarios árboles, escondidas lagunas, sobre las que han caído y siguen cayendo hojas muertas, y en cuya vidriosa superficie se cría tan larga tela de musgo y lama, que apenas si deja ver una que otra quebrada, aunque luminosa, línea de agua diáfana que, desde su herida brillantez, sonrío a la claridad del cielo; y viéneseme al pensamiento que no es raro que entre quienes a esas ignoradas lagunas llegan, se formen inexactos conceptos en cuanto a lo que en realidad tales lagunas sean, porque, admirando, quizás, su belleza, engañosa y caduca, melancólica y enfermiza, o sintiéndose extrañamente repelidos por el aspecto inerte y casi pútrido

de sus aguas, incorporan en su idea, más de lo que fuese razón, las hojas muertas, de tonos de cobre y de oro, la desgarrada epidermis, de erizados musgos y de lama, y las viscosas larvas que débilmente se agitan encima y no aciertan a mirar nada más allá.

Ninguna otra cosa pareceme en realidad haber hecho, que intentar descubrir el agua transparente, quitando de sobre el haz de ella las basuras que por siglos cayeron, y que verde y espesa nata le formaron; y mientras más y mejor he logrado mi propósito, mejor me he asomado al fondo y más he visto que, desde el fondo, dulcemente, enamoradamente, el agua pura miraba, con su larga mirada de luz, la Luz del Cielo.

Esa larga mirada luminosa, me digo a mí mismo, es la que toda su vida, Sor Juana, y toda su vida, Juana Inés, y toda su vida, Juanita, la niña de tres o cuatro años que iba a *la Amiga*, de Amecameca, dirigieron: la niña, la adolescente, la monja, desde que las rayó la luz de la razón, hasta el instante postrero, adelante de ellas, en busca del saber. Esa larga mirada luminosa, ese anhelo infinito por la sabiduría, que hubo un momento en que Sor Juana supo que era su anhelo por Dios, cuando a Dios llamó la Sabiduría, es el anhelo que pudiera haberse extinguido en otra que ella no fuera, en el tiempo en que se le cerraron las puertas de la Universidad, cuando en la Universidad ansiosamente soñaba, y a ella quería venir; es el que, en otra distinta de ella, habría desaparecido, cuando se dolía de que sus únicos maestros fuesen caracteres mudos, y sus condiscípulos se redujeran a un tintero insensible, con quien conferir, con quien discernir, con quien rectificar, con quien corroborar; es aquel anhelo suyo que contrarió el Padre Antonio y que otros estorbaban; es el que, a pesar de todo, la animó su vida entera, y que, cuando ya no tenía libros, porque los había hecho vender para los pobres, hizo que le ocurriera de nuevo lo que antes le había ocurrido, cuando le mandaron que no estudiase, como ella lo refiere en el párrafo 27 de su carta a Sor Filotea, y obedeció la orden que le dieron, "en cuanto a no tomar libro; que en cuanto a no estudiar absolutamente, como no" caía "debajo de" su "potestad, no lo" pudo "hacer, porque, aunque no estudiaba en los libros, estudiaba en todas las cosas que Dios crió", sirviéndole "ellas, de letras, y de libro, toda" la "máquina universal".

Aquí está, me digo; aquí está, al través de las innumerables apariencias cambiantes, y a pesar de todas las contrariedades y todas las oposiciones—y más fuerte que ellas—, la esencia del alma de Sor Juana: su larga y luminosa mirada en busca de la sabiduría que, porque va tras ella, como tras ella fué: humilde, enamorada, ansiosa, y porque la encuentra aun "en las cosas más

menudas y materiales", como lo pone de manifiesto especialmente en los párrafos 27, 28 y 29 de su carta a Sor Filotea, hace palmario que es la suya la visión de aquellos poetas de los que dice un crítico inglés que tienen "un sentido apasionado de la unidad de la creación"; sentido profundamente religioso: la fe en efecto, la religiosidad, lo dice Benedicto Croce, "da al hombre conciencia de su unidad con el Todo"; y tal conciencia es la que tuvo Sor Juana, y la que la hizo ser poeta en el verdadero y más fuerte sentido de esta palabra:—el único que Croce tiene presente cuando se pregunta a sí mismo, preguntándolo a todos: "¿Qué poesía es concebible fuera de la conciencia religiosa?"

Al ver así la esencia del alma de Sor Juana Inés de la Cruz, su anhelo por saber—no "para escribir"—, decía ella en el párrafo cuarto de su carta a Sor Filotea, "ni menos para enseñar, que fuera en mí", agregaba, "demasiada soberbia; sino sólo para ver si con estudiar ignoro menos", al ver así, digo, la esencia del alma de Sor Juana, su anhelo de saber, del que ella misma da cuenta en el párrafo quinto de su carta cuando exclama: "me ha hecho Dios la merced de darme grandísimo amor a la verdad", reconociendo en El, y agradeciéndoselo fervorosamente el origen de su anhelo, que luego confirma llamándolo: "este natural impulso"—natural, vedlo bien—, "que Dios puso en mí"; al darse cuenta de que para ella no sólo intentar saber era ineludible necesidad, sino que llegar a saber era supremo ideal, como lo pone de manifiesto que en el párrafo 21 de su carta haya dicho: "no por otra razón es el ángel más que el hombre", sino "porque entiende más; no es otro el exceso que el hombre hace al bruto, sino sólo entender", se comprende bien que, con tan doloroso desconsuelo, concluya el párrafo 26 de la misma carta diciendo: "¡han llegado a solicitar que se me prohíba el estudio!" ...

COMPLEMENTOS Y CONFIRMACIONES

Corroborando mi intento, he tratado de hacer oír las palabras esenciales de la verdadera Sor Juana, las que tantas gentes ilustradas y buenas no aciertan a escuchar, aunque ella, sin embargo, las repita, reiterándolas: "el escribir", su escribir, "nunca ha sido dictamen propio, sino fuerza ajena" (párrafo V de su carta a Sor Filotea); "el fin al que aspiraba era estudiar teología" (párrafos 8º y 9º); "el Libro que comprende todos los libros, y la ciencia en que se incluyen todas las ciencias, para cuya inteligencia todas sirven"—yo soy el que subrayo materialmente estas palabras que ella no subrayaba, porque no sentía necesidad de subrayar en el papel lo que estaba subrayado en su alma—"piden otra

circunstancia más que todo lo dicho: que es una continua oración y pureza de vida, para impetrar de Dios aquella purgación de ánimo e iluminación de mente, que es menester para la inteligencia de cosas tan altas; y si esto falta, nada sirve, de lo demás"; (párrafo IX); "yo nunca he escrito cosa alguna por mi voluntad, sino por ruegos y preceptos ajenos" . . . "no me acuerdo de haber escrito por mi gusto, si no es un papelillo que llaman El Sueño" (párrafo 41).

—¿Por qué, pues, empeñarse en dar igual importancia en su obra, a lo que ella, con tanta fuerza, declara que no hizo sino a fuerza, y a lo que reconoce que hizo por su gusto?

"En lo poco que se ha impreso mío, no sólo mi nombre, pero ni el consentimiento para la impresión ha sido dictamen propio, sino libertad ajena que no cae debajo de mi dominio"; . . . "solamente unos ejercicios de la Encarnación, y unos Ofrecimientos de los Dolores, se imprimieron con gusto mío, por la pública devoción; pero sin mi nombre . . . hícelos sólo por la devoción de mis hermanas, años ha, y después se divulgaron; . . . y sólo me ayudó en ellos ser cosas de Nuestra Gran Reina; que no sé que se tiene el que, en tratando de María Santísima, se enciende el corazón más helado!" (el mismo párrafo).

Estas son las palabras verdaderamente salidas de su alma: esta es la Sor Juana esencial. Antes del tiempo al que en ellas se refiere, por supuesto, había habido otra, que fué Juana Inés; pero aunque fuera otra, había también en aquella, una Juana Inés esencial; la que profirió los más hondos acentos de su sentimiento amoroso exaltado, y de su decepción irritada, que la llevaron a encontrarse a sí misma.

.....

COMO IMAGINABA SOR JUANA, SU ALMA

La Sor Juana Inés esencial fué, entre otras composiciones admirables, autora de los Villancicos, de la Dedicación del Templo de San Bernardo, y del Sueño; no sólo de este último sino también de aquellas, porque, aunque sólo éste haya sido espontáneamente suyo, aquellos expresan el panorama interior de su alma, al que se asomaban lo pasado, lo presente y lo porvenir, armonizados por ella en la patria que en su propia alma se iba forjando. El Sueño, lo mismo que parte del poema de la dedicación del templo del alma—mejor aún que el de San Bernardo—expresa lo que en Sor Juana era eterno, su alma misma; su alma, de la que nadie dió nunca definición mejor que la que dió ella en El Sueño, en aquellos versos en que, describiendo la que, generosamente, atribuye ella a

todos los seres humanos, dice lo que en ella era lo esencial; y cómo veía su alma; y cómo, en sí misma, la sentía; y a qué se parecía; y en su vida interior, qué representaba; qué figura material copiaba. Copiaba la figura de una llama; de una llama que, anhelante, quisiera subir; y subir al Cielo la veía, estirándose en piramidal punta; aspirando siempre—siempre, es su adverbio; a la Causa Primera, a Dios, al Céntrico Punto, de donde, recta, veía partir la línea, si no ya la circunferencia, que contiene infinita, toda esencia. Eso, eso mismo es lo que dicen los versos que condensan su propia substancia:

“que como sube, en piramidal punta,
al Cielo, la ambiciosa llama ardiente,
así la humana mente
su figura, trasunta,
y a La Causa Primera, siempre, aspira;
céntrico punto, donde, recta, tira
la línea, si no ya circunferencia
que contiene—infinita—toda esencia”.

Así veía su alma; así la sentía; en medio a todo y aspirando al Todo; rotas alrededor de ella las conexiones accidentales de las cosas; unida la esencia de cada una de ellas, con las de las demás y con lo Infinito, del que ninguna encontraba que no viniera, y al que todas volvían. Su alma así, tal como ella la miraba, en cuanto en ella era esencial: llama ambiciosa, transparente, ardiente, en ansioso vuelo hacia Dios, podía a menudo, aunque siempre de modo accidental, torcerse y doblarse con el viento que soplara en contradictorias y varias direcciones; pero, enderezándose, subía siempre, como en aquel lejano día, el 24 de febrero de 1669, en que llevó al convento de San Jerónimo los 17 años, 3 meses y 12 días que había vivido hasta entonces en la tierra, alucinados, atormentados, decepcionados, y hechos sus votos por cuanto de vida le restara, había escrito su nombre con las cuatro palabras de su íntimo deseo: “Dios me haga santa”, como una eterna oración, Llama de amor que al Cielo subía, se perfilaba, estirándose ansiosa, al sentir estremecerse en el aire, en torno suyo, la vibración de lo Infinito.

.....

LA BELLEZA, Y LA PERFECCION TECNICA - LOS CUATRO GRADOS DE LA POESIA

Cuenta me he dado siempre de que muchas de las composiciones de Sor Juana carecen de perfección técnica. ¿Tiraré la perla porque se haya quedado en su concha? La perfección técnica no

es lo mismo que la belleza, aunque mucho con ella tenga que ver. La perfección técnica es, en efecto, en su esencia, una aplicación exacta y precisa de un saber. Es una ciencia, y, como todas las ciencias, limitada; y como todas las ciencias, de contornos rigurosamente definidos. La belleza, en cambio, sobre todo la que suele sorprender el Grande Arte, sugiere lo ilimitado; lleva al pensamiento más allá de lo conocido, y, aunque parezca darle un horizonte, pone en él perspectivas de Infinito. Por eso las artes menores no son el Arte Grande. No nada más porque su horizonte sea estrecho, sino porque suelen no ser más que simple perfección técnica; es decir, ciencia; no filosofía, no poesía, no mística efusión amorosa y, por eso mismo, religiosa.

Tiene que ver, por supuesto, la perfección técnica, con el arte; pero para que en él figure en primer término, se necesita que a tal grado y tan lejos llegue, que parezca inasequible, y que, por eso mismo, y en ese sentido, llegue a causar la impresión de que no tiene límites, como en verdad no los tiene la absoluta y total perfección.

Una obra que sugiera por su asunto un horizonte magno, y aun lo Infinito, será, por eso, grande obra de arte; y si su factura alcanza positiva perfección técnica, también por eso será obra de arte; porque su factura también sugerirá lo Infinito.

Convengo en que pocas veces las de Sor Juana alcanzan de un modo intenso y alto, en composiciones enteras, ese doble mérito, y en que varias de las mejores están obscurecidas por superabundancias y debilitadas por apresuramientos e irreflexiones. Mi empeño ha sido intentar libertarlas de unas y otras, y hacer ver que logrado, siquiera en parte, esto, llega Sor Juana a cumbres de verdadero arte, porque su propia naturaleza psíquica la hacía ponerse fácilmente en relación con lo Infinito.

A causa, me digo, de que en su poesía resuenan armónicos de eternidad, que indefinidamente se prolongan, el sentido poético de los pueblos hispanoamericanos, y más especialmente el de México; no se ha equivocado, y la ha saludado desde el principio y la sigue saludando como a un verdadero poeta que, por serlo, llega al corazón de los hombres, sobre todo en los más sentenciosos y sibilinos de sus conceptos; a la vez, los más musicales.

Expresado esto de otro modo, diré que, concebida por mí la poesía como una espontánea dilatación del alma, por la que ésta percibe afinidades de las que, si ella no las revelara, nadie se daría cuenta, la encuentro en forma fragmentaria en las composiciones llamadas *estridentistas*; pero que son las afinidades que tales poesías revelan, simple decoración superficial de la naturaleza física, iluminada de repente por el genio poético que las sorprende y las expresa, que, como un cocuyo, lanza en la obscuridad

su fúlgida y verde llama efímera, a cuyo favor, por un instante, puede verse en la cercanía lo que nadie, sin la subitaneidad de su fulgor, habría visto.

Poesía encuentro también—pero perdida por lo común, como un metal precioso en obscura ganga—en aquellos versos que, porque a un poeta le dicen que los haga, se empeña en hacerlos sin que acierte a expresar en ellos afinidades recónditas, si no es por momentos, aquí y allá, cuando alguna de ellas sorprende; como un contorsionista que se empeña en llamar la atención de un público; es a la de esta baja calidad a la que entiendo que se refiere Benedicto Croce en sus estudios sobre la italiana del siglo XVII; la que denomina pseudo poesía barroca, que considera como simple histrionismo descriptivo; que existe en varias de las composiciones de Góngora y en las de Sor Juana Inés que no le sirvieron de pretexto para expresar lo esencial de ella misma. Si en hacerlas consiente un verdadero poeta, puede en ellas sorprender verdaderas afinidades y expresarlas. Su acierto, entonces, podrá reducirse a un solo verso, a un solo verbo, a un solo calificativo; lo único que se salve del fárrago.

La poesía no es accidental, sino esencial, en quienes naturalmente están en espiritual comunión con la naturaleza, y advierten las relaciones que todo tiene con todo, y que, por lo común, los espíritus prácticos y positivos no persiguen, porque, para ser prácticos y positivos, y por serlo, tienen que concentrar su atención en lo útil, como Enrique Bergsón lo ha puesto de relieve.

Esta forma de comunión puede extenderse tanto a la naturaleza física cuanto a la moral. Encuentro la primera excelentemente representada en varias de las composiciones más bellas de Manuel Othón y en las de Leconte de Lisle. No, sino por excepción, en Sor Juana Inés de la Cruz, que carece en grado considerable de sentido plástico aunque, con rara energía, tiene la visión filosófica de que todo está relacionado con todo.

Hallarse en estado frecuente de comunión con la naturaleza moral, o en estado constante, y ser poeta, gracias a él, entraña evidentemente la más rara, difícil y honda de las formas de la poesía: sólo posible en los pocos seres que en grado sumo tienen lo que Bergsón llama *la inteligencia simpática*, la intuición intelectual, que, como toda intuición, pero más que la que sólo al mundo físico se refiere, y más, por supuesto, que la que sólo es accidental, pone a quienes la experimentan en verdadera comunicación telepática; más allá, en consecuencia, de ellos mismos. La que a los seres humanos se refiere, les permite tener intuición de otros, aun cuando materialmente no los conozcan, y aún cuando sean de épocas remotas, o vivan separados por grandes distancias.

Esta suprema forma de poesía, la más alta, es la que tengo la

convicción de que vivió Sor Juana Inés de la Cruz, y que le permitió,—a la vez que sentir y hacer sentir la palpitación de la vida moral que la Nueva España experimentaba fuera de su Convento de San Jerónimo, ponerse en relación con valores morales, mundiales, extratemporales, y cósmicos, y contribuir a la formación de la conciencia del alma de México. Por ser esto lo esencial de ella misma es sin duda por lo que, a pesar de las deficiencias de su factura poética, se ha impuesto siempre al amor y a la admiración de gran número de mexicanos.

.....

CONCORDANCIAS, DIFERENCIAS, CONCILIACION

A pesar de las diferencias de apreciación que existen entre mi amigo el señor Fernández Mac Gregor, y yo, en cuanto a Sor Juana se refiere, advierto entre su espíritu y el mío, afinidades; él y yo estimamos, en efecto, que lo más interesante de ella no son sus mundanos amores, ni sus versos, sino su misticismo; él y yo pensamos que el Padre Antonio Núñez de Miranda era un hombre de superior carácter, que anhelaba encaminar a Lo Más alto a las almas, por la senda que mejor le parecía; él y yo reconocemos que ambos tuvieron, cada uno a su modo, alguna superioridad; reconoce él, que el Padre Antonio sirvió para la formación moral de México; reconozco yo, y lo reconozco también en Sor Juana; él y yo creemos encontrar—él, seguramente en el alma del Padre Antonio; yo en la del Padre Antonio y en la de Sor Juana, aquella belleza ideal que Márlowe declara que es inasequible; ni él ni yo hemos logrado, como queríamos—y con esto damos la razón a Márlowe—expresar, del alma que para cada uno de nosotros es la que mayor belleza tiene, tal belleza; y piensa él que yo he mudado la realidad, y la he exaltado, y que he hecho que de la verdadera Sor Juana surja un sentido profundo, que afirma él que no se encuentra en ella, y yo pienso que él supone en el Padre Antonio mayor perfección moral que la que en realidad tuvo.

Al oírme hablar de ella, y al sorprenderle que el espíritu seco y autoritario que me atribuyó la leyenda que él conoce de mí, que el espíritu lógico, y rígido, que el positivista que en mí ha visto, y que—cosa para mí increíble—llegó a su conocimiento, por vez primera, con la absurda fama de perseguidor de escuelas; (!) que el que se acreditó a sus ojos como autor de numerosos estatutos y programas escolares, que el de antaño, hable ahora en un estilo diverso del que quizás se le atribuyó, y se ocupe en asuntos que no le parecía que pudieran interesarle, ... ¡júzgame ilógico y fantásticamente ajeno a la realidad del mundo que él concibe en su esencia misma: duro, frío y cruel—y se dice que he de ser uno de

aquellos de los que la credulidad popular aseguraba que tuvieron la suerte de encontrar a Pan; de los que se afirmaba que enloquecían; y cuyas palabras dejaban de ser lógicas para transmutarse en música, con lo que los simples mortales que las escuchaban, y que no alcanzaban a comprenderlas, percibían en ellas resonancias que los dejaban para siempre meditabundos.

¡Singular semejanza! Al leer yo el libro del Señor Fernández Mac Grégor, y al no entender cómo él, que tan amarga filosofía muestra en sus páginas, y tan desencantada y desesperada visión de cuanto existe, haya podido sufrir la fascinación que le causa la ascética figura del Padre Antonio, a grado tal que no advierte—él que tan enemigo es de toda dureza que, para que ninguna exista, querría cortar de un tajo la cabeza de cuantos hombres hay, con tal, sólo, de que la operación pudiera hacerse con anestésico;—al no entender, digo, cómo, siendo el Señor Fernández Mac Grégor, a semejante grado enemigo de la dureza, no advierte la que—yo veo que había en el fondo del carácter del Padre Antonio, ni se da cuenta de la generosa amplitud de la visión de Sor Juana, sino que diríase que sistemáticamente la reduce, oigo yo también, simple mortal, en sus palabras, misteriosas y extrañas resonancias, que me conturban y me dejan meditabundo; más todavía, cuando pienso en que, en parte de la obra del Señor Fernández Mac Grégor se ha deslizado la ironía, y en que la ironía es un ácido tan engañosamente corrosivo, que ni el que lo emplea con la habilidad con que lo hace el señor Fernández Mac Gregor, puede saber nunca hasta dónde se extenderá su acción en quienes lo lean.

La ironía, empero, jamás puede ser esencial. No lo es en el libro del señor Fernández Mac Grégor. Detrás de ella está su diligente estudio. Está el interés que mantuvo vigilantemente despiertos sus ojos sobre él. Está el mayor aún que le causó el deseo de hacer una apreciación más justiciera de la figura del Padre Antonio.

¿Qué tiene de extraño que movido él por una especie de antipatía contra las mujeres que estudian y escriben, y por una suerte de simpatía por el Padre Antonio, haya pasado por alto, rasgos del confesor de Sor Juana que lo caracterizan, y la haya visto a ella con una mirada de desdén? Su caso y el mío comprueban que los puntos de vista desde los cuales puede uno tratar de entender un alma, son tantos cuantos las almas. De dos metales distintos son las nuestras, y el sonido de cada alma sincera que sinceramente se oye, deja para siempre meditabundo a aquel que lo oye.

¿Quién puede dudar, empero, de que el último fin que nos proponemos cuantos el mismo asunto estudiamos, no sea descubrir y describir la verdad, y que por eso nos lanzamos a buscarla allá donde

ha de encontrarse, en el oscuro bosque de los tiempos pretéritos, en el que evocamos las sombras de los que fueron? Las tinieblas nos circundan. Una luz fosforescente aquí. Otra, extinguida allá. Uno vió una cara divinamente iluminada, y escuchó un sollozo. Percibió aquel una sombra admirable. Vieron otros un ampo de luz, u oyeron una música, que advirtieron se propagaba, como de árbol en árbol, de siglo en siglo; palabras cargadas de significado o simples sílabas sonoras; preguntas balbuceantes.

Los juicios erróneos podrán desvanecerse, si unos con otros se confrontan, contando cada cual, como haciéndolo vamos, qué fué lo que vió y qué mira aún; qué fué lo que oyó en la selva: encendida por todos la luminaria del pensamiento; todos sentados discurrendo ante ella.